

Extractivismos encarnados. Reflexiones sobre la vulnerabilidad desde una sociología de los cuerpos/emociones

D'hers, Victoria - victoriadhers@gmail.com

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos. CONICET.

Pellón, Ignacio - pellonignacio@gmail.com

Universidad Nacional de Rafaela. CIECS, Universidad Nacional de Córdoba. CONICET.

Recibido: 17-07-2020.

Aprobado: 24-11-2020.

Resumen: Actualmente, resulta un desafío no entrar en alguna de las categorías de “vulnerabilidad”: desplazados, migrantes, explotados, contaminados, desocupados, precarizados, estigmatizados en general. Somos testigos, a su vez, de una multiplicidad de conceptualizaciones que hacen su recorrido entre usos sociales, académicos y políticos, sujetos a la doble hermenéutica que conlleva describir y definir sociedades que los resignifican y se resignifican.

Aquí, tomamos la noción de *vulnerabilidad*, siendo un concepto central utilizado por los organismos internacionales de crédito, desde una sociología de los cuerpos/emociones. El artículo se organiza así: primero, se despliega un breve recorrido sobre los usos de la noción de vulnerabilidad, con sus tensiones y horizontes explicativos; luego, explicitamos la mirada desde la sociología de los cuerpos/emociones en un contexto neo-extractivista; en tercer lugar, delineamos y analizamos el caso de carreros de Córdoba y cartoneros de Buenos Aires, en este cruce entre vulnerabilidad, extractivismos múltiples, energías corporales y sensibilidades sociales.

Palabras clave: cuerpos/emociones; extractivismo; vulnerabilidad; recuperadores

Abstract: In the XX1st Century, it is hard not to be included in a category implying some degree of vulnerability: displaced, immigrants, exploited, polluted, unemployed, excluded in general.

At the same time, from Social Sciences we witness how a variety of terms and ideas ongoingly come and go from social to academic, to political uses; subject to the double hermeneutic resulting from describing and defining societies that resignify them, thus re-signifying themselves.

In the following pages we describe the concept of *vulnerability* from its definition within social sciences, also being a central idea used by international credit and redistribution organisms. Then, we cross it with a sociology of bodies/emotions, in a neoextractivist context, aiming at generating a critical understanding of the case of two social collectives (*carreros* in Córdoba city and *cartoneros* in Buenos Aires). We delineate them from this crossing between vulnerability, multiple extractivisms (of energies, bodies and nature), and social sensibilities.

Keywords: bodies/emotions; extractivism; vulnerability waste collectors

1. Introducción. Vulnerabilidad hoy

En los albores del siglo XXI, podemos considerar que es un desafío *no* entrar en alguna de las categorías implicadas en cierto grado de vulnerabilidad: desplazados, migrantes, explotados, contaminados, desocupados, precarizados, estigmatizados. Desde las Ciencias Sociales, a su vez, somos testigos de cómo una multiplicidad de términos y conceptualizaciones hace su recorrido entre sus usos sociales, académicos y políticos, sujetos a la doble hermenéutica implicada en describir y definir sociedades que los resignifican y se resignifican a sí mismas.

Dentro de este campo de conocimiento, el fenómeno de la vulnerabilidad social aparece íntimamente vinculado a la *pobreza*. Por su parte, la noción de pobreza generalmente se entiende como la *carencia* de bienes (materiales y simbólicos) para satisfacer las “necesidades básicas” de reproducción social y desarrollo personal. Haciendo una lectura histórica, podemos ver cómo el término vulnerable ha ido reemplazando a la noción de pobreza. Surge, así, el interés por preguntarnos acerca de las vinculaciones entre ambos, tanto a nivel de los estudios estructurales y de

diagnóstico, como en sus efectos en la subjetividad y, más específicamente, en el nivel de las vivencias de los sujetos.

En este sentido, en las páginas que siguen tomamos la noción de vulnerabilidad desde sus definiciones en las Ciencias Sociales, siendo un concepto central utilizado por los grandes organismos internacionales de crédito, atravesándola por una mirada puesta en/desde la sociología de los cuerpos/emociones. Sabiendo que el tema de la basura no es nuevo y que ha sido ampliamente analizado desde múltiples miradas - tanto a nivel de la estructural de la gestión en general (Suárez 1998; Shammah 2009; Gutiérrez 2011; D'hers, Carré, Shammah y Verrastro 2011; Geary, Levantino y Saidón 2017), como las transformaciones dentro del mundo del trabajo (Paiva 2004; Gorban 2006, Perelman 2017; Carenzo 2016), y del rol y subjetividad de los cartoneros/recuperadores tanto dentro como fuera del circuito formal (Parisí et al. 1996; Dimarco 2005, Perelman 2010; Schamber 2008; Vergara Mattar 2009, Galimberti y Cimadevilla 2016), este trabajo busca aportar desde una mirada específica, a la vez que dialoga con los análisis precedentes.

Este atravesamiento nos permite abrir la pregunta en torno a las posibilidades de acción, autonomía y agenciamiento social de los sujetos. ¿De qué modo se reajustan las sensibilidades sociales definidas y autodefinidas como vulnerables? ¿Qué geometrías corporales se configuran en esta trama social marcada por la “vulnerabilidad”? ¿Están así “a salvo” de la pobreza, y la estigmatización que implica?

Con estas preguntas como guía, buscamos acercarnos críticamente al caso de dos colectivos sociales particulares: los carreros de la ciudad de Córdoba y los cartoneros de la provincia y ciudad de Buenos Aires.¹

Para ello, el artículo se organiza como sigue: primero, exponemos un breve recorrido sobre los usos de la noción en sí, con sus tensiones y horizontes explicativos; luego, explicitamos la mirada desde la sociología de los cuerpos/emociones en un contexto neoextractivista; en tercer lugar, delineamos los casos mencionados y los analizamos preliminarmente en este cruce entre vulnerabilidad, extractivismos múltiples, energías corporales y sensibilidades sociales.

¹ En Argentina, se denomina “carreros” a aquellos hombres y mujeres que trabajan con carros tirados por equinos para la realización de diversas actividades, encontrándose entre ellas la recolección, traslado y recuperación de restos de poda, escombros, residuos reciclables y materiales de construcción. Por otro lado, “cartoneros” refiere a aquellas personas que recuperan residuos reciclables (generalmente, en la vía pública), especialmente cartones y papeles.

2. Estrategia metodológica

En términos metodológicos, el primer apartado del escrito presenta una discusión teórica en torno a nociones, definiciones y usos de la referida como vulnerabilidad social, contrastando los enfoques generales desde las Ciencias Sociales con el tratamiento dado desde los organismos internacionales de crédito (Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo). Posteriormente, las conexiones reconocidas son abordadas desde la mirada de la sociología de los cuerpos/emociones, a fin de vincularlo nítidamente con el sistema neo-extractivista global actual. Finalmente, a partir de las experiencias de carreros cordobeses y cartoneros porteños, y de sus propios relatos, se realiza una re-lectura de la pobreza y la precariedad en clave de vulnerabilidad social, entendida desde estas vinculaciones.

Comúnmente se utilizan los términos *recuperadores de residuos* o *recuperadores urbanos* para referirse a quienes trabajan recolectando materiales desechados susceptibles de ser incorporados como insumos industriales. Según los momentos y los lugares, estos sujetos han sido llamados de distintas formas, desde los históricos cirujas, traperos y botelleros, hasta quienes hoy se auto-denominan carreros, cartoneros, recicladores y recuperadores. Por un lado, el vínculo entre cartoneros y carreros puede reconocerse en el hecho de que ambos sujetos representan subgrupos dentro de los recuperadores de residuos. Por otro lado, estos sujetos “se encuentran” en organizaciones sociales, laborales y políticas.² A raíz de ello, surge el interés por conectar aquí ambos colectivos desde las experiencias registradas en los dos principales conurbanos argentinos, Buenos Aires y Córdoba.

Las mencionadas experiencias son recogidas en un marco de indagaciones cualitativas, a través de nueve entrevistas exploratorias a referentes del campo (EE) y cuatro entrevistas en profundidad (EP) a miembros de una cooperativa de trabajo, realizadas en Córdoba.³ Complementariamente, se registran y analizan las

² En el caso de la Cooperativa de Carreros y Recicladores “La Esperanza”, confluyen carreros, cartoneros, cirujas y vecinos de unos 32 barrios cordobeses; mientras que el colectivo de cartoneros de Buenos Aires se nuclea en torno al Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE), donde participan diversos sujetos que trabajan en condiciones de alta precariedad. Ambas organizaciones forman parte de la Federación Argentina de Cartoneros Carreros y Recicladores (FACCyR-CTEP), la cual incorporó en su nombre la palabra “carreros” a principios de 2017.

³ Las mismas se inscriben en el proyecto de tesis de Maestría en Trabajo Social (FCS-UNC), consistente en un estudio de caso de acción colectiva y estructuración social centrado en “La Esperanza”. En términos metodológicos, el aludido proyecto (dirigido por el Dr. Pedro Lisdero) incluye un registro del conflicto social vinculado a colectivos de

publicaciones de la página web de una organización que nuclea cartoneros de la Ciudad de Buenos Aires. Corresponde hacer explícito que se trata de un primer acercamiento con estas conceptualizaciones, buscando reconocer continuidades y vinculaciones, más no realizando comparaciones.

3. Resultados

3.1 Vulnerabilidad hoy. Extractivismo de siempre

En este apartado, revisaremos brevemente los usos dados al término vulnerabilidad tanto desde las Ciencias Sociales, como desde organismos internacionales como el Banco Mundial, quienes dispusieron un pliegue definitivo de la noción de pobreza a partir de este “nuevo” concepto de *ser vulnerable* –entendido como menos estigmatizante, e igual de mensurable– o más precisamente, estar en *situación de vulnerabilidad*. Resulta clave considerar, pues, que dicha conceptualización está en auge en diversos ámbitos, por lo cual, la palabra se ha ido resignificando, tomando múltiples sentidos, a la vez que es retomada por los propios sujetos “objeto” de las miradas analíticas.

Hacia fines del siglo XX, los abordajes referidos a la diversificación de la pobreza y la emergencia de los “nuevos pobres” (quienes contrastarían con la situación de los llamados “pobres estructurales”) dejan en evidencia que las situaciones de pobreza no necesariamente remiten a la carencia de empleo. En América Latina tuvieron gran repercusión las investigaciones enfocadas desde la teoría de la marginalidad, que permiten observar los llamados procesos de exclusión/inclusión de grandes masas poblacionales reconocidas como las más débiles (Delfino 2012).⁴ A partir del reconocimiento de una sociedad cada vez más dual (Perona et al. 2000), ocurre cierto desplazamiento de las discusiones por la exclusión/inclusión en el empleo, hacia la exclusión/inclusión en la distribución de las riquezas producidas dentro del sistema económico.

carreros-recicladores en Córdoba, entre los años 2010-2017, a partir de las publicaciones del principal diario local (La Voz del Interior). Complementariamente, se utilizan notas de campo tomadas entre agosto de 2015 y abril de 2018, durante la participación como trabajador asociado de la cooperativa en estudio.

⁴ Para repensar la marginalidad en Argentina resulta indispensable reparar en autores como Gino Germani, José Nun y Miguel Murmis, así como también en los grandes esfuerzos realizados desde otras latitudes (Aníbal Quijano, Fernando Henrique Cardoso, Alain Touraine, entre otros). En tal sentido, en la década de 1990 los abordajes desde la marginalidad (o “neomarginalidad”) fueron recuperados en investigaciones locales (Parisi, et al., 1996, en Córdoba) e internacionales (Loïc Wacquant 2001, en Francia y Estados Unidos).

Dentro del campo de la sociología, el concepto de vulnerabilidad fue ampliamente desarrollado por Robert Castel (1997), quien ancla su análisis justamente en la centralidad del *trabajo* en la estructuración de la vida de los sujetos. Este autor indaga en las situaciones de carencia desde dos líneas analíticas: por un lado, la integración/no-integración con relación al trabajo (a la consecución de los medios económicos para la reproducción social); y, por otro lado, la inserción/no-inserción en una sociabilidad sociofamiliar (a las relaciones *afectivas* y *sociales* para la reproducción social individual y colectiva). En un mundo donde las fuentes de riesgos e inseguridad van en aumento, analiza los modelos de gestión privada e individualizada de las estrategias de defensa que los sujetos desarrollan, en modo de *ajuste personal* a las situaciones repetidas de riesgo marcadas por los tiempos del mercado. Se instala así una gestión de la inseguridad ligada a la propia biografía, desembocando en algunas formas de adaptación “defensiva” como la intensificación de las reacciones xenófobas, comunitaristas, etcétera. En esta dinámica, el Estado legitima y profundiza acciones mercantiles y de eficiencia. El ser precarizado se instala, ya no sólo como precariedad laboral sino *social*:

Castel considera como central el análisis de la relación de los individuos con el trabajo –o la ausencia de esa relación. No concibe el trabajo en tanto una relación técnica de producción, sino como un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social. Para este autor, existe una fuerte correlación entre el lugar ocupado por un individuo en la división social del trabajo –así como su participación en las redes de sociabilidad– y los sistemas de protección que permiten asegurarlo frente a las eventualidades de la existencia (Castel 1995; 2003). Las distintas capas que protegen a los individuos pueden ser consideradas metafóricamente, apunta Castel, como zonas de cohesión social. (Arteaga Botello 2008: 164).

Castel combina, entonces, el eje laboral formal, con el eje de las relaciones sociales más amplias que sostienen a los sujetos, y concluye en la existencia de “zonas” dadas por esta combinación: a) zonas de *integración-estabilidad*, b) zonas de *vulnerabilidad*, y c) zonas de *desafiliación*. Justamente en la zona central de dicha clasificación, se identifica lo que Castel llama “la desigualdad ante la precariedad”, donde la desafiliación y la vulnerabilidad son el común denominador de *relaciones precarias* en términos económicos, afectivos y sociales. Desde este enfoque, la

vulnerabilidad se constituye por el abanico de “situaciones intermedias” entre los grupos incluidos y los excluidos:

...la categoría vulnerabilidad refleja dos condiciones: la de los ‘vulnerados’ que se asimila a la condición de pobreza; es decir, que ya padecen una carencia efectiva que implica la imposibilidad actual de sostenimiento y desarrollo y una debilidad a futuro a partir de esa incapacidad; y la de los ‘vulnerables’, para quienes el deterioro de sus condiciones de vida no está ya materializado sino que aparece como una situación de alta probabilidad en un futuro cercano a partir de las condiciones de fragilidad que los afecte. (Perona et al. 2000: 3).

La pobreza no es ya entendida como carencia, sino en tanto signo de la distancia social, y los procesos que se dan para marcar la oposición entre aquellos establecidos en el sistema económico-social, y los “outsiders”. En este mapa, las políticas públicas de “gestión de la pobreza” generan más exclusión y estigmatización, subordinando, masivamente, la clase trabajadora ante “nuevas” políticas sociales (De Sena 2014; 2016). Así, se perpetúa, naturaliza y normaliza lo que podemos entender como el *oficio de pobre*.⁵

Estas conceptualizaciones fueron dando forma a estudios empíricos, en donde la presencia de alta vulnerabilidad pasó a ser entendida (en los análisis y en las políticas sociales referidas a su gestión) como un camino hacia la pobreza, también dinámica, relativa y procesual en sí. Ser parte de ciertos colectivos vulnerables (mujeres, ancianos, jóvenes, desocupados, migrantes, entre otros), representa la antesala de caer en “la desgracia” de ser identificado como pobre. Se construyen, entonces, indicadores para poder determinar qué hogares son los más *propensos* a ser pobres (y a dejar de serlo) en países de diferentes puntos del globo (Hench 2010: 7).⁶ En nuestro caso de análisis (Argentina), donde están vigentes políticas extractivistas no solo de las energías corporales sino también ambientales.

Siguiendo esta línea teórico-política, enfatizamos por qué es importante tomar en cuenta las disposiciones de los organismos multilaterales de crédito, y sus políticas, especialmente aquellas ligadas a la temática ambiental; siendo los residuos, y por ende los recuperadores, parte de dicha problemática. En primer lugar, las crisis económicas

⁵ Se ha analizado, en otro lado, la configuración de los modos de establecerse como *aquél que necesita* (D'hers 2013a).

⁶ Este es un ejemplo de las múltiples instituciones privadas que son organismos consultivos del Banco Interamericano de Desarrollo BID, y la Organización de Estados Americanos OEA. Tomamos este ejemplo como emblemático de una mirada sobre el tema, en un país marcadamente neoliberal como Chile.

que tuvieron lugar en América Latina entre fines del siglo XX y principios del XXI concluyeron con los altos niveles de precios alcanzados por las materias primas exportables, especialmente aquellas vinculadas a la demanda de China. De allí derivan las elevadas tasas de ganancia registradas en el sector primario-exportador (de origen colonial), que dieron lugar a enormes y masivas inversiones extranjeras orientadas a las actividades extractivistas, principalmente en las explotaciones mineras y petroleras (con restringida atención a las demandas domésticas). En ese marco, se sostiene que los años de “bonanza” de las commodities profundizaron la dependencia económica (Acosta y Brand 2017:40).

Esta “nueva” dependencia está marcada por la continua inyección de préstamos y créditos que atan, renovadamente, al continente a las disposiciones de los –alguna vez– bautizados como “países desarrollados”. Con el correr de las décadas, y más allá de los cambios de tonalidad, el cariz extractivista de la economía regional se ha profundizado. Más aún, es clave tener en cuenta que el extractivismo afecta definitivamente al ambiente –sólo por tomar ejemplos demasiado elocuentes– a través de los proyectos y procesos productivos vinculados a la megaminería y el monocultivo extensivo. Dichas explotaciones quiebran los ciclos de la naturaleza y, además, están insertos en comunidades que son sujeto de creciente represión, criminalización y estigmatización, dado que las movilizaciones sociales y las protestas atentan contra las posibilidades de sostener la acumulación capitalista de las grandes empresas transnacionales.⁷ “Más allá del discurso emancipador articulado desde los gobiernos ‘progresistas’ de América Latina, la región sigue siendo estratégica para el capitalismo global, al cumplir el papel histórico asignado hace siglos” (Acosta y Brand 2017:43).

El fenómeno de la degradación ambiental opera, también, en ámbitos urbanos y en las “economías desarrolladas”. Entre las principales preocupaciones vinculadas a la salud de las poblaciones urbanas se encuentran los riesgos ambientales, y entre ellos se destaca la proximidad a los basurales (ya sean “a cielo abierto” o “rellenos sanitarios”). En este sentido, estudios de peligros ambientales realizados en territorio

⁷ “El extractivismo, en general y a lo largo de la historia, se refiere a actividades que remueven, la mayoría de veces de forma intensiva, grandes volúmenes de recursos naturales, y cultivan de manera agroindustrial con muchos insumos, sobre todo para exportar según la demanda de los países centrales, sin mayor procesamiento (o de manera limitada). El extractivismo no se limita a minerales o petróleo. Hay también extractivismo agrario, forestal, pesquero, incluso turístico” (Machado Aráoz en Acosta y Brand 2017:40).

estadounidense demuestran que los principales factores para la localización de actividades ambientalmente peligrosas tienen que ver con la “raza” y el nivel de ingresos de las comunidades más próximas (White 1994). Una de las principales explicaciones para este fenómeno se denomina como “WIMBY syndrome” (por, *Why In My Backyard*),⁸ noción con la que se expresa –con fuerte sesgo de auto-responsabilización– que las “comunidades pobres” y de “gente de color” (afroamericanos y latinoamericanos) tienden a ser más reactivos que proactivos en respuesta a los peligros ambientales, por cuestiones propias a sus realidades económicas, políticas y sociales. De tal modo, el problema radicaría en la “ineficiente” gestión de sus recursos y redes de las aludidas comunidades, al momento de impedir la instalación de actividades peligrosas para su salud.

En este marco, pasemos a analizar las definiciones básicas que se aplican para comprender y realizar los diagnósticos de las situaciones de “vulnerabilidad social”, referidas a lo ambiental. En tiempos signados por el “riesgo”, desde las evaluaciones de impacto ambiental hasta los seguros contra todo riesgo, el capitalismo ha absorbido una condición vital marcada por la incertidumbre. Entonces, además de las teorías sociales clásicas, encontramos múltiples modos de abordar el *problema del riesgo*. Entre ellos, se encuentran análisis de riesgo en los que se entiende que la vulnerabilidad refiere a condiciones de los sujetos, remarcando que no define a la persona como tal, sino que se es vulnerable frente a ciertas circunstancias particulares.

Cabe destacar aquí que más allá de la complejidad teórica de estos planteos, lo que buscamos es visualizar cómo y sobre qué tramas conceptuales son aplicados por las instituciones multilaterales de crédito, resultando luego en más o menos dinero (y endeudamiento) para los gobiernos específicos.

En términos técnicos, autores como Dean (1999), identifican tres componentes humanos del riesgo: Vulnerabilidad, Exposición, Respuesta. La *vulnerabilidad* refiere al potencial de una sociedad de experimentar graves daños, relacionado al desarrollo económico, la normativa industrial y ambiental, el grado de organización social, el estándar de vida y salud de la población, entre otros. La *exposición* indica el número de personas que se encuentran en situación de ser directamente afectadas por el riesgo; mientras que la *respuesta*, se entiende como el grado en que la sociedad actúa para

⁸ En paralelo a la noción conocida como NIMBY (*Not In My Backyard*, No en mi Patio Trasero) (White 1994).

prevenir, evitar o reducir los perjuicios derivados del riesgo. Tales elementos muestran, una vez más, que no son fenómenos absolutos, sino relativos; y que se inscriben siempre en experiencias-situaciones-acciones particulares, desde las cuales se generaliza.⁹ La capacidad de la sociedad a enfrentar desastres está ligada, a su vez, a la vulnerabilidad:

Las condiciones de vulnerabilidad están representadas por la pobreza, la desorganización social (en términos de una organización social que niega la relación con el ambiente, o entre sectores sociales o, directamente, con ciertos aspectos de las realidad), las ideologías fatalistas, la ausencia de sistemas institucionalizados de seguridad ciudadana, la falta de controles y normativas sobre el uso del suelo urbano, el nivel de cobertura de los servicios públicos y mantenimiento de la infraestructura urbana, entre otros. (Herzer 2002: 4).

Desde este enfoque, la *percepción* del riesgo dada por ciertas vivencias, historia, cultura, y la sociedad es la que determinará las herramientas que tenga cada grupo social para actuar y prevenir situaciones de desastre. Estos análisis tienen como antecedente lo desarrollado por Gustavo Wilches-Chaux y Alan Lavell. Dentro del campo de análisis de los desastres (llamados también, y cada vez más frecuentemente, *catástrofes*, para marcar el efecto de las acciones y omisiones humanas dentro de eventos “naturales”), la vulnerabilidad es vista como la propensión o susceptibilidad de personas o soportes productivos, a sufrir daños o pérdidas, y de no poder recuperarse posteriormente. En palabras de Lavell:

Originalmente desarrollada en el campo de la ingeniería estructural - para permitir captar y dimensionar características de forma y constructivas de edificaciones e infraestructura que las hacían susceptibles de sufrir daño, particularmente frente a sismos y huracanes-, la idea de vulnerabilidad sufrió una rápida difusión y ampliación en su forma de utilización a partir de los últimos años de la década de 1980. En 1988, Gustavo Wilches-Chaux publica su

⁹ Por otro lado, Claudia Natenzon (1995) plantea cuatro aspectos del riesgo: a) el peligro del fenómeno, entendido socialmente, como aquello que daña a alguien; b) la vulnerabilidad de ese sujeto potencial o realmente dañado - siendo peligro y vulnerabilidad las primeras aproximaciones al riesgo-; c) la exposición, como la combinación en el territorio de aspectos peligrosos (ambientales) con aspectos vulnerables (sociales) y; d) la incertidumbre a fin de considerar aquello que se desconoce acerca de la peligrosidad y vulnerabilidad de un fenómeno -considerando en estos dos últimos aspectos las relaciones temporales-. La autora toma definiciones de la Organización de Estados Americanos que lo explica como un estimado del grado de pérdidas o daños que podrían resultar de un evento peligroso. Además, retoma a Hilda Herzer, postulando la importancia de los procesos sociales, económicos y políticos que determinan la capacidad de cada sociedad para enfrentar situaciones de “desastre”, referido como catástrofe.

célebre ensayo 'La Vulnerabilidad Global', en el cual distingue diez tipos o niveles de vulnerabilidad, que en su conjunto contribuyen a determinar la propensión de un elemento de la estructura social a sufrir daños y encontrar dificultades en su recuperación o reconstrucción autónoma.¹⁰ (Lavell s/d: 48).

Así, a nivel de su funcionamiento como indicador social, la vulnerabilidad contempla (y requiere) de datos concernientes a información sociodemográfica. Tomando el trabajo de Perona, Crucella, Rocchi y Robin (2000), esto refiere a: Saneamiento y Acceso a servicios, Tipo de materiales y forma de tenencia, Hacinamiento, Tamaño y composición de los hogares, Características vinculadas al mercado laboral, Nivel de capacitación o instrucción alcanzado, Tipo de inserción ocupacional, Características de la desocupación, Estructura de ingresos del hogar, Experiencias ocupacionales, Posibilidad de aportar/percibir jubilaciones, Servicios asistenciales, Existencia de organizaciones y asociaciones, Participación en experiencias asociativas, Redes de solidaridad, Tipo de vínculos con referentes sociales y políticos. Dentro de estas evaluaciones, finalmente, podemos citar el modelo aplicado por especialistas de equipos interdisciplinarios, como el de Fernando Díaz Barriga (1992). Para éste, el estudio de la vulnerabilidad involucra diversos niveles de heterogeneidad social, y se sintetiza en indicadores: *actores* involucrados, relaciones sociales y variables relacionadas a los *fenómenos generadores* del peligro, dentro de los cuales es fundamental el de las *relaciones sociales que construyen las nociones* de vulnerabilidad y riesgo. Los *indicadores de vulnerabilidad social* en una comunidad para este autor son: insuficiente atención médica, viviendas con piso de tierra, sin acceso a agua potable ni a drenaje, desempleo importante, localización en áreas endémicas de enfermedades transmisibles, ausencia de centros de educación elemental, entre otros.

Entonces, ¿de qué modo se plasman estos estudios a nivel de los organismos citados?

A mediados del año 2001, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), de Naciones Unidas, organizó el Seminario Internacional "Las Diferentes expresiones

¹⁰ "Wilches-Chaux habla, en ese momento, de la vulnerabilidad localizacional, económica, social, organizacional, institucional, ecológica, educativa, cultural, estructural y política. Cada uno de estos componentes o niveles capta características diferentes, de orígenes distintos, pero con altos grados de interrelación entre sí; lo que nos permiten hablar de la vulnerabilidad global de una comunidad, ciudad, zona, conjunto de edificaciones, etc." (Lavell s/d: 49).

de la Vulnerabilidad Social en América Latina y el Caribe”, en un contexto donde “Las encuestas de opinión de fines de los años noventa muestran que la sensación de indefensión, riesgo e inseguridad son unos de los pocos rasgos que caracterizan a las sociedades de la región” (Busso 2001: 4).¹¹

Ante la gran cantidad de factores vinculados a la vulnerabilidad social, se identifica en los *recursos internos* la clave para hacer frente a los cambios externos. Con el giro hacia la vulnerabilidad se busca que las políticas desplacen su foco desde la pobreza (ingresos monetarios escasos) hacia los *activos de los pobres*: “la mayor debilidad objetiva de los pobres (vulnerabilidad) para enfrentar la sobrevivencia cotidiana o, con mayor razón, las crisis económicas, podía ser contrarrestada con una adecuada gestión de los activos que tienen con independencia de sus ingresos escasos” (Jorge Rodríguez, en Busso 2001: 10).

La sugestiva idea de que el problema “objetivo” de los pobres radica en su “inadecuada” gestión de los recursos internos (activos sociales-capital social),¹² se aprecia en la subsiguiente definición de la vulnerabilidad como “el resultado de la exposición a riesgos, aunado a la incapacidad para enfrentarlos y la inhabilidad para adaptarse activamente” (CEPAL 2002: 2). Entre las recomendaciones para las políticas públicas, se destacan “los incentivos económicos para las estrategias de uso de activos deseables socialmente” (Busso 2001: 30), que aporten a la consolidación de redes de protección solidarias y sostenibles. Por otro lado, a partir de datos elaborados por el Banco Mundial, se observa que:

...el 65% de las personas vulnerables (es decir, aquellas con un ingreso por día de entre US\$4 y US\$10) y el 14% de la clase media (cuyo ingreso por día va desde US\$10 hasta US\$50) de 2003 experimentan pobreza al menos una vez durante el período entre 2004 y 2013. (Stampini et al. 2015: 4).

¹¹ Anteriormente, la CEPAL y el BID establecieron: “Las causas de que la vulnerabilidad sea tan elevada en América Latina y el Caribe son variadas y complejas. Sin dudas, el patrón de desarrollo seguido por la mayoría de los países, con altos grados de pobreza, exclusión socioeconómica y deterioro del ambiente, es un factor principal. (...) Los pobres viven en zonas de mayor riesgo, usan técnicas de cultivo depredadoras del ambiente o laboran en tierras marginales, tienen menos acceso a la información, a los servicios básicos y a la protección pre y post desastre” (2000: 3).

¹² “Los recursos o activos sociales son intangibles (denominados por la literatura especializada como capital social) y se instalan en relaciones (...) son una forma y un atributo colectivo o comunitario que incluyen redes y lazos de confianza y reciprocidad articuladas en redes interpersonales” (Busso 2001: 13).

Asimismo, sostienen que la mayor parte de las poblaciones vulnerables se concentran en las ciudades, donde recomiendan el diseño e implementación de políticas focalizadas y recertificadas que construyan redes de protección social (sistemas de apoyo social). Entre ellos, una herramienta privilegiada son los Programas de Transferencia Condicionada de Ingreso (PTCI) (De Sena 2016; Dettano, Cena y Chahbenderian 2017), cuya duración y nivel de beneficios deben depender de la duración y profundidad de la pobreza” (Stampini et al. 2015: 5).¹³ Por otro lado, en términos temporales, los grupos poblacionales son cuatro: pobres crónicos, pobres transitorios, futuros pobres¹⁴ y “aquellos que no experimentan nunca la pobreza, quienes están siempre por encima de la línea de pobreza de US\$4” (*Ídem*: 6).

En tal escenario, adviene preguntarse ¿de qué se compone esa “nueva” segmentación que emerge entre los pobres y las clases medias? ¿Se trata de la histórica pobreza con otro nombre o de la insoslayable precarización de las “clases medias”? Acercándonos, entonces, a consideraciones ligadas a la construcción de la subjetividad, a la constitución de la sensibilidad de los sujetos, *más acá* de las miradas de gestión y diagnóstico de las situaciones de vulnerabilidad, arribamos a nuestra perspectiva orientada a visibilizar este proceso de configuración particular.

3.2 Vulnerabilidad desde la sociología de los cuerpos/emociones

Con miras a *visibilizar* las formas de constitución de estos procesos revisados – que luego devienen en variables e indicadores para diseñar programas y aplicar políticas específicas–, cruzamos lo referido al extractivismo con la teoría social de los cuerpos/emociones. Entendemos, a primera vista, que no pueden comprenderse escindidas. Hablar de extractivismo implica abordar los procesos extracción de la energía vital y los diversos modos en los que esto “se hace carne” en los sujetos, cotidianamente y como experiencia repetida (¿heredada?) entre generaciones:

En otros términos, bajo la hegemonía histórica del capitalismo, la estratificación geopolítica, racial, de clase y de género de las poblaciones humanas tiene, en sus bases, como un componente estructural, la configuración de fuertes desigualdades ecológicas:

¹³ En función a sus ingresos diarios, la población es dividida en: pobres extremos (menos de US\$2,5), pobres moderados (entre US\$2,5 y US\$4), *clase vulnerable* (entre US\$4 y US\$10), clase media (entre US\$10 y US\$50) y clase de altos ingresos (más de US\$50).

¹⁴ En futuros pobres se encuentran quienes en el primer año en análisis se encuentran en la clase vulnerable, media o de altos ingresos y experimentan algún *episodio de pobreza* en los próximos diez años.

desigualdades en el acceso, disponibilidad y uso de bienes naturales como el suelo, el agua, la biodiversidad, las fuentes de energía primaria, etc. Al ser éstas nada menos que los medios fundamentales de la reproducción humana, la apropiación y el control diferencial de la Naturaleza exterior, implica la puesta en disponibilidad de los cuerpos –naturaleza interior–fuerza de trabajo. (Machado Aráoz 2014: 6).

Hablar de naturaleza “interior” nos acerca a ciertas herramientas teórico-epistemológicas para la comprensión de la configuración del cuerpo y las sensibilidades sociales. Aclarando que no pueden comprenderse como realidades separadas (ni la naturaleza del cuerpo, ni “el cuerpo” en sus múltiples niveles analíticos), afirmamos, siguiendo a Adrián Scribano (2007), que el cuerpo/emoción se divide analíticamente en cuerpo individuo, subjetivo y social.

Se entiende por *cuerpo subjetivo* al sentido dado al “yo”, no ya como una forma de ser sustancial sino compuesta por múltiples subjetividades presentes en una misma persona. Éstas, son configuradas dialécticamente por/en/desde la experiencia, en un movimiento dialéctico y perpetuo, comprendiendo lo relativo a la autopercepción y autodefinición, la sensibilidad relacionada con la propia subjetividad, y las ideas de “ser” que cada sujeto encarna. En segundo lugar, se encuentra el *cuerpo social*, “lo social hecho cuerpo”, según Scribano –y retomando a Bourdieu (1986). En este factor, el peso que tiene la mirada del otro es ponderado en la conformación de los sujetos que construyen, en el sí mismo, ciertas expectativas, regulando las posibilidades de acción y sus limitaciones (propias/ambientales). Finalmente, se despliega esta dinámica desde una mirada del *cuerpo individuo*, que se relaciona en cambio, con la lógica filogenética (frente a la ontogenética); es decir, a la articulación entre lo orgánico del sujeto (de ese sujeto que moldea y configura su subjetividad, no libremente pero si dentro de un margen dado, estructurado y a la vez estructurador de su accionar), su cuerpo en tanto realidad orgánica, con el medio ambiente –condición y resultado también de las *acciones* del cuerpo individuo, de las posibilidades de agencia efectivamente presentes. (D'hers 2013b).

En este marco, venimos haciendo referencia al “acostumbramiento” (D'hers 2013 a, b; Cervio y D'hers 2014) que opera en los sujetos y en sus posibilidades de acción. Es así que nuestros análisis se centran en los modos cómo los sujetos sociales

configuran sus sensibilidades, históricamente situadas, y nunca definitivas. Como hemos visto, el desplazamiento de los estudios de la pobreza hacia los de la vulnerabilidad social, corre el riesgo de quitar el foco de las carencias, dándole una expresión mínima a la presencia de múltiples ausencias (materiales y simbólicas). La vulnerabilidad, pues, suma una capa de complejidad ligada a lo relacional, orientada a comprender los devenires del sujeto en relación con otros planos de la vida (sea lo laboral y sus tramas sociales, sea medir la vulnerabilidad respecto de ciertos riesgos particulares, y no en tanto entidad total).

Consecuentemente, podemos pensar de qué modo se complejiza, aún más, la comprensión de la problemática, analizando cómo el dolor social “se hace callo” (*sensu* Scribano) y los sujetos necesariamente se anestesian cotidianamente. ¿Cómo se dan los intersticios a esta dinámica? ¿Y qué circunstancias la refuerzan? ¿Qué roles juegan mercado y Estado en el manejo de estas fuerzas?

En esta línea es que vemos la riqueza potencial en un enfoque desde los cuerpos/emociones, para dar textura y visibilizar los *procesos* en que los sujetos se ubican a sí mismos en cierta posición particular, en relación necesaria con lo que el Estado determina para ellos en tanto “pobres” (ya vulnerados) y/o “vulnerables”. En un *mundo del no* (Cervio y D'hers 2014), donde la necesidad reina y la espera organiza la vida cotidiana, el día a día se despliega entre carencias efectivas y latentes, en el presente y a futuro. Se abre aquí un arco de discusiones acerca de la potencia (y la posibilidad de análisis) de la acción desde los cuerpos vulnerados y vulnerables,¹⁵ preguntándonos ¿Qué rol juega la percepción del sujeto “vulnerable”? A tal fin, presentamos a continuación una primera aproximación a los cruces entre el despliegue

¹⁵ Ampliando aún más el espectro a los que nos lleva el concepto y desde otro punto de vista, podemos pensar desde el mundo del arte cómo -dado el modo de subjetivación identitaria, propia del sujeto moderno- la vulnerabilidad (fragilidad), ha sido anestesiada. Según Suely Rolnik: “En la estructura psíquica que heredamos de varias generaciones, la fragilidad no tiene lugar, lo que tu cuerpo vibrátil –como yo le llamo– capta del entorno queda recortado, porque tenés que estar siempre muy bien, estable, funcionando [...] Una de las búsquedas que ha movido especialmente las prácticas artísticas es la de la *superación de la anestesia de la vulnerabilidad*. Es que la vulnerabilidad es condición para que el otro deje de ser simplemente un objeto de proyección de imágenes preestablecidas y pueda convertirse en una presencia viva, con la cual construimos nuestros territorios de existencia y los contornos cambiantes de nuestra subjetividad. Ahora bien, ser vulnerable depende de la activación de una capacidad específica de *lo sensible*, la cual fue reprimida durante muchos siglos, manteniéndose activa sólo en ciertas tradiciones filosóficas y poéticas” (Rolnik 2013: 477. Destacados nuestros). Si bien vemos el poder de las transformaciones intersticiales, aún nos preguntamos cuánto de estas prácticas pueden movilizar y transformar algo de aquello anestesiado, sobretodo al ver procesos en que lo sensible se ve muchas veces cercenado, incluso obturado por falta de nutrientes, es objeto de futuros estudios.

teórico realizado, y el trabajo de campo en desarrollo en dos ciudades argentinas: Córdoba y Buenos Aires.

3.3. Analizando experiencias, redefiniendo conceptos

Hecho este recorrido breve sobre los usos de la noción de vulnerabilidad, en un contexto social y regional crítico, aportamos ahora un análisis posible desde la sociología de los cuerpos/emociones. Cruzando datos referentes a carreros-cartoneros y basura/residuo, observaremos más de cerca qué ocurre con la posibilidad de agencia y acción real de “los vulnerables” que, en estos casos, son quienes re-insertan lo que el sistema, de otro modo, no puede absorber.¹⁶ En este último apartado, haremos referencias a las experiencias de los recuperadores cooperativizados,¹⁷ y su visión desde el rol asignado por el Estado en la actualidad, siendo América Latina una de las regiones más afectadas por la crisis ecológica global (Pengue 2017).

3.3.1. Las cooperativas de cartoneros y el Programa de Recuperadores Urbanos (Buenos Aires)

Enfocando, ahora, en el mundo de los desechos –no solo en sentido figurado, como ya hemos visto con las cifras de pobreza, sino literal–, en la ciudad de Buenos Aires, tras la crisis del 2001 la cantidad de personas que viven de los residuos sólidos se vio seriamente incrementada. Definido, en primera instancia, como un trabajo “informal” en el que numerosas personas se abocan a revolver los desechos domiciliarios, tomando lo que puede ser redituable en el mercado, la actividad se oficializó, en cierta manera, con el Programa de Recuperadores Urbanos (PRU), de la Ciudad de Buenos Aires (Ley 992). Durante las últimas dos décadas, muchos cartoneros y cirujas han luchado para ser considerados (“reconocidos”, “incluidos”) dentro de la economía “formal”. Siendo este un tema ampliamente revisado, tomemos las palabras de Merlinsky (2006), desde un enfoque de estudios de riesgo y vulnerabilidad. Esta autora señala que la gestión de los residuos en varios partidos del Gran Buenos Aires

¹⁶ Las proximidades/distancias de cada caso, y de las fuentes de información empleadas, posibilitan conectar y tensionar las voces de los actores protagónicos, atentos a los mensajes (*sensu* Melucci) que comunican desde posiciones, condiciones y disposiciones diversas, dando indicios de identidades individuales/colectivas “en común”.

¹⁷ Perelman (2010) presenta un análisis de la vergüenza y el estigma, relacionado a quienes “cirujean”, haciendo una distinción pertinente entre quienes “cayeron” al cirujeo, y quienes lo hacían antes de las épocas de crisis, ya incluso familiarmente. Allí afirma que no encuentra una relación lineal entre vergüenza y cartoneo, sino dependiendo de la tensión entre la imagen de sí y la imagen de sí que presentan otros.

se encuentra crecientemente ligada a sujetos en situación de alto riesgo, precisamente, por tratarse de una actividad que combina una desigual distribución social de recursos materiales con la desigual exposición a riesgos ambientales (Merlinsky 2006).

Este circuito involucra, a su vez, variados actores interesados: los recuperadores, los acopiadores, el Estado y las empresas que compran el material. Al 2017, los datos oficiales señalan que la Ciudad produce 6.000 toneladas de basura al día (el doble que otras ciudades centrales),¹⁸ y un 45% (2.800 toneladas) es reciclado gracias al trabajo de los *recuperadores urbanos*; nombre con el que los cartoneros lograron afirmarse en la economía formal tras quince años de lucha. Sin embargo, persisten diferencias de poder y de capacidad política para viabilizar los reclamos de los recuperadores, para poder circular y trabajar sin el control gubernamental (el PRU es visto como tal por muchos de ellos), o que, justamente, sea el gobierno el que garantice las condiciones dignas de trabajo.

En ese marco, el tema central (desde hace tiempo) refiere a la posibilidad de privatización de la recolección en la ciudad, de manera directa y explícita,¹⁹ o a través de una transformación del sistema, producto de la aplicación de nuevas tecnologías (privadas).²⁰ Concretamente, al año 2018 el proyecto de modificación de la Ley 1854/2005 conocida como “Basura Cero” –presentado en marzo 2018 (expte. 696/2018)– apuntaba a la minimización de lo dispuesto en los Rellenos Sanitarios, prohibiendo para el 2028 la disposición de materiales reciclables o aprovechables.²¹ El documento remarca también la incorporación de los recuperadores a la “gestión formal” que ha hecho de Buenos Aires, siendo el centro urbano con mayor tasa de reciclaje de Latinoamérica, a la vez que enfatiza el rol de la tecnología, destacando la

¹⁸ Véase “Informe del estado del ambiente”, 2016, Presidencia de la Nación, página 398.

¹⁹ “En el 2016, los 4.500 recuperadores urbanos que trabajan en el ámbito de la ciudad se pusieron en alerta tras enterarse de que había un proyecto presentado ante el Ministerio de Ambiente y Espacio Público para privatizar la recolección y permitir que las empresas absorbieran a las cooperativas. En encuentros con el Gobierno lograron conseguir un magro aumento para los cartoneros afiliados a la cooperativa: a partir de octubre pasan a cobrar 3700 pesos [USD 185 aproximadamente] en lugar de los 3300 que cobraban mensualmente por hacer su trabajo. Un aumento de sólo el 10 por ciento, en un contexto donde la inflación anual medida por el Congreso en enero trepa hasta el 40 por ciento. En “De cartoneros a recicladores: 15 años entre la calle y el Estado”, 31 de enero 2017. La Izquierda Diario. <https://www.laizquierdadiario.com/De-cartoneros-a-recicladores-15-anos-entre-la-calle-y-el-Estado>

²⁰ “Ciudad: presentaron el proyecto oficial para habilitar la incineración de basura”, 28 de marzo, 2018, Diario Infobae, <https://www.infobae.com/sociedad/2018/03/27/el-gobierno-porteno-presento-un-proyecto-de-reforma-de-la-ley-de-basura-cero-y-fijo-nuevos-plazos-para-la-reduccion/>

²¹ En los objetivos establecidos previamente por dicha ley se prohibía la disposición para el año 2020.

contenerización aplicada y proponiendo la termovalorización. No es claro en cuanto a la privatización de la recolección, sí a la contratación de empresas para el proceso de incineración, basado en alta tecnología. Esto, entonces, es lo que las cooperativas y otros organismos rechazaban, dado que, si se instala la incineración, no será ya auspiciado el reciclaje.

Luego de esta contextualización, nos aproximamos al modo como los sujetos se autodefinen.²² Siguiendo al sitio oficial del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, hay 12 cooperativas que trabajan para la ciudad. La forma oficial de nombrarlos es la siguiente:

Actualmente, más de 5.300 recuperadores se encuentran formalizados y, mediante el apoyo del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, se han mejorado sus condiciones generales de trabajo para resguardar su salud y su seguridad, así como para garantizarles el acceso a una obra social y a los elementos necesarios para cumplir con su tarea, entre los que se encuentran uniformes, bolsones, camiones y colectivos. La formalización de los recuperadores urbanos logró, entre otras cosas: reducir el trabajo infantil, establecer una nueva logística en el circuito de los residuos y pasar de la separación de los residuos en la vía pública a la clasificación en los Centros Verdes. (Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires s/d).

En directa relación con lo anterior, según la página web del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) –parte de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP, y más recientemente, UTEP, por Unión)–, las cooperativas de recicladores:

Luchamos para que nadie nos prohíba el derecho a trabajar, para que se nos pague una remuneración por nuestro trabajo, que se nos garantice el acceso a una obra social y un seguro contra accidentes, luchamos para acceder a las herramientas, maquinaria y vehículos que nos permitan mejorar las condiciones de trabajo, para erradicar la explotación infantil de la actividad, para que todos los cartoneros podamos vender nuestros materiales a precios justos, luchamos para que las empresas que se benefician con nuestro trabajo aporten económicamente para la dignificación de la actividad. Para modificar esta realidad los trabajadores organizados hemos conformado una organización que traspasa las barreras territoriales de cada grupo,

²² Para el caso de Buenos Aires, como primera aproximación a esta problemática de la vulnerabilidad desde este cruce teórico, nos basamos en lo plasmado en la prensa escrita, y en la web de las cooperativas más importantes.

para exigir y promover políticas de inclusión para el sector cartonero.
(MTE s/d).

En claro diálogo, el lugar de enunciación de los sujetos se ancla en las condiciones laborales. Vemos aquí la importancia, retomando lo planteado por Castel, de la posibilidad de los agentes de organizarse en torno a su empleo, apropiarse de una actividad y legitimarla frente a la sociedad. Es de destacar el proceso de autodefinición de los sujetos, quienes previo a la crisis eran identificados como marginales, pobres estructurales, y que el sistema multiplicó de tal modo que devinieron en un sujeto socio-político central en la puja por el “botín” de la basura en la ciudad.²³ Entonces, podríamos pensar que, según lo dicho más arriba, la vulnerabilidad se constituye por el abanico de “situaciones intermedias” entre incluidos y excluidos, y que la lucha por la inclusión ha tenido relativo éxito. Pero ¿qué correlación de fuerzas se encuentra aquí? Grandes empresas ligadas a un cambio tecnológico, justificado desde una mirada técnica, contra el reclamo de la inclusión “digna” de la actividad de los recuperadores.

Definidos como pobres, cartoneros y cirujas, se dio un proceso de transformación de sí en recuperadores y recicladores. Acompañado por las políticas públicas, este pasaje les permitió enmarcarse en esa situación intermedia de ser vulnerables frente a la falta de ciertas condiciones en el ámbito de trabajo (por eso objeto de lucha, y elemento que organiza sus reclamos y posicionamientos), poniendo en segundo plano las condiciones habitacionales y de falta de acceso a otros derechos sociales (vivienda, transporte, salud, servicios urbanos).

Solo para tomar un ejemplo elocuente de lo que estamos planteando, nos basamos en una nota del periódico El Argentino,²⁴ donde podemos visibilizar cómo estas circunstancias toman cuerpo y se hacen carne en los sujetos, desde hace décadas. Por un lado, se ve “lo que consiguieron con esfuerzo y organización: el lugar para trabajar, un salario, uniformes. Pero también [Claudia, Cooperativa “9 de agosto”]

²³ Por una cuestión de espacio, no detallamos el derrotero de las relaciones entre el ex presidente constitucional y los cartoneros. Dueño de las empresas de recolección en la época de crisis, el grupo Macri acusaba de *ladrones* a los cartoneros que durante la crisis del 2001 recolectaban individualmente los residuos en carros. Dada esta tensión es que se modificó la recolección, pasando de pagar por toneladas a un pago por cuadra limpia. Hay múltiples trabajos sobre el tema, básicamente toda la serie *Recicloscopio* editada por los ya mencionados referentes Francisco Suárez y Pablo Schamber (editorial UNGS).

²⁴ “Trabajo y organización: la historia de los 10.000 cartoneros de Zona Norte”, 22 de enero de 2017. Disponible en <https://www.elargentinozn.com.ar/2017/01/22/trabajo-y-organizacion-la-historia-de-los-10-000-cartoneros-de-zona-norte/>

denuncia que en los últimos meses sufrieron cada vez más ataques, en la calle y en los medios, hacia los cartoneros. “A veces me pregunto ¿por qué no van a molestar a la gente que miente y hace las cosas mal? Si nosotros somos *trabajadores*” [Claudia, “9 de agosto”]. El reclamo se centra en ser *reconocidos* como trabajadores, en incorporar a más compañeros y luchar contra la privatización.

Claramente, sigue circundando sus experiencias cotidianas la acusación de ser quienes ensucian la ciudad, las sospechas crónicas de su criminalidad y su indeseabilidad social ligada a la estigmatización: “en medio de la renovación del contrato con el gobierno de la Ciudad, el portal nacional Infobae publicaba una nota de opinión titulado ‘Relato basura’, en la que acusaba a los cartoneros de ser los *culpables* de la suciedad en la Ciudad. ‘Nos dio bronca porque no es verdad lo que dicen. Nosotros limpiamos. Se creen que como somos cartoneros somos ignorantes. Y no es así.’” En esa misma nota, un cartonero no cooperativizado expresa: “‘Yo prefiero juntar mierda que salir a lastimar a la gente’. Los que lo escuchan se quedan callados. Asienten con la cabeza. El hombre sigue y cuenta que en 2008 se tiñó el pelo de rubio platinado y la policía lo llevó a la Comisaría N° 33 porque lo confundió con un ladrón. No le creyeron que era cartonero porque llevaba un jogging, unas zapatillas de marca y una chomba azul. ‘Me gustaba vestirme bien’, explica. En un día fue llevado de la seccional de la Federal a Comodoro Py, y de los Tribunales a la cárcel de Devoto. Estuvo cuatro días preso y se llevó de recuerdo una puntada en la panza y otra en un brazo.”

Son expresiones como esta que recuerdan, una y otra vez, el peso de la vivencia de vulneración sostenida en su subjetividad, en tanto límite sentido en su iteración. A pesar de cierta “inclusión”, experimentar el hecho de ser excluido, “negro”, “del conurbano”, más acá de lo que se pueda concluir observando los indicadores específicos de ingresos e incluso, de condiciones laborales, se narra como marca identitaria insoslayable

3.3.2. *Las cooperativas de carreros y el programa Servidores Urbanos (Córdoba)*

La emergencia del “fenómeno cartonero”, en torno a la crisis de 2001-2002, se manifestó en los principales centros urbanos de Argentina y, en el caso de Córdoba, no sería exagerado referir al mismo como “fenómeno carrero”. En un contexto de

desempleo y pobreza creciente, los carreros eran (re-)presentados como “*especialistas en transportar ramas y escombros*”²⁵ y, con el alza de los precios en los reciclables, intensificaron su transitar por las calles céntricas. Por medio del Decreto N° 111/02 la Municipalidad de Córdoba estableció que “*los trabajadores del cartón*” debían dejar sus carros y caballos en puntos determinados, e ingresar al área central con carros manuales. Comenzaban, entonces, los esfuerzos estatales por establecer “zonas de exclusión” para los carreros (Lisdero y Pellón 2017).

Durante el auge de las cooperativas de “cartoneros” y “recicladores”, en el año 2009, la empresa municipal Córdoba Recicla Sociedad del Estado (CRESE) celebró un convenio con la Cooperativa “Movimiento de Carreros Unidos”, para el mantenimiento y control de 25 basurales a cielo abierto, formalizados como *Puntos verdes*. En el año 2014, los convenios fueron desplazados desde la secretaría de Ambiente-CRESE hacia la subsecretaría de Desarrollo Social; de modo que los trabajos en los basurales fueron absorbidos por el programa *Cuerpo de Servidores Urbanos Comunitarios*. A través de esta política social, los miembros de las cooperativas trabajaban 20 horas semanales en tareas índole municipal (principalmente, vinculadas a la limpieza, desmalezamiento y mantenimiento de espacios públicos/privados), a cambio de una “*beca*” de cinco mil pesos mensuales (Lisdero y Pellón 2017; Pellón 2019).

Lo novedoso del programa Servidores Urbanos, (una típica política social de tipo *workfare*) aparece en las condicionalidades de explotación y re-valorización de las energías corporales de los carreros, en conexión a la “recuperación” y “puesta en valor” del patrimonio urbanístico. Además de estar asociado a una cooperativa de trabajo que facture por el total de “becas” percibidas, el sujeto-carrero debe trabajar *dejando el carro*. En palabras del funcionario responsable del programa: “*Para lograr que el carrero tenga una alternativa de trabajo dejando el carro había que quitarle horas de trabajo en otra actividad laboral, digamos, sino no puede subsistir*” (EE 26/01/2017).

La relación entre vulneración-vulnerabilidad-vulneración de los carreros puede abordarse desde múltiples factores, entre ellos, el propio riesgo para la salud que implica trabajar con los desechos de otros; los magros ingresos percibidos por labores

²⁵ “Unidos por la basura. Crónica de un congreso nacional de cirujas que organizó el Banco Mundial”, diario Página 12, 01 de septiembre de 2001. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/2001/01-09/01-09-23/PAG29.HTM>

que requieren considerables esfuerzos físicos; la alta exposición ante la represión policial-social, derivado de trabajar en actividades que persisten “al borde” de la legalidad. En tal dirección, al histórico *estigma social* construido en torno a la recuperación de residuos, signado por la indeseabilidad y peligrosidad de la actividad (Lisdero y Vergara 2015; Villanova 2015), se le suma el de ser (re-)presentado socialmente como “maltratador” de animales, por el simple hecho de trabajar/vivir con ellos (Pellón 2016). “Antes, era más fácil trabajar en el carro. Ahora, te miran de otra forma... como si tuvieran miedo a la gente. Aparte que te persiguen, con el tema de la quita de los carros” (Carrero, 53 años, EP 24/05/2018).

Lo interesante de la política de Servidores Urbanos radica en que, en el proceso de “incluir” a un grupo social vulnerable, se intensifica la explotación de sus energías corporales, para “liberar” a sus caballos del esfuerzo físico. Al hacerlo, los funcionarios municipales “descubren” que los carreros:

... saben trabajar. Son muy, muy eficientes (...) van a las zonas donde a lo mejor cualquier empresa o empleado municipal no iría tan fácil, como son las zonas periféricas, digamos, en esos lugares ellos tienen, no tienen ningún inconveniente de estar. Y creo que lo que falta, que es lo que también estamos planteando para este año, es un seguimiento de la familia del carrero involucrado (...) Creo que falta, el tema de la capacitación creo que va a ser importante, y después seguir con las distintas temáticas (...) en definitiva: acompañándolos, que creo que cerraría este círculo de trabajo en conjunto. Porque según un estudio de la Universidad Católica, los mayores problemas de analfabetismo estaban en estas comunidades de, donde están carreros, donde hay carreros. (EE 26/01/2017).

Los carreros destacan por su eficiencia laboral-productiva, especialmente, en las zonas de la ciudad des-cubiertas por los servicios públicos/privados de higiene urbana. No obstante, requieren del *seguimiento* estatal, a nivel familiar y formativo, no así, de mejoras remunerativas y en las condiciones laborales.²⁶ Tales construcciones sociales (casi del “sentido común”, *sensu* Bourdieu), difícilmente puedan manifestarse sin considerar, *a priori*, a los carreros como sujetos “vulnerables”, y a la “economía

²⁶ Para el año 2017, la “beca” de Servidores Urbanos era de 5.000 pesos por 100 horas de trabajo; representando un 28% de la canasta básica total de alimentos, medida por INDEC (Pellón, 2019). A este monto se le deduce la cuota mensual, en tanto socio de una cooperativa de trabajo, y las inasistencias por los días no trabajados, o por trabajos no “certificados” por funcionarios municipales.

social” como el modo “natural” de organizar su trabajo.²⁷ En este sentido, desde el relato de los protagonistas, el ingreso y retorno a la cooperativa de carreros (y a la política social municipal) se muestra ligado a la necesidad de trabajar:

... yo tenía un trabajo, por ejemplo, en el shopping Duarte Quirós, cuando trabajaba yo ahí, lo mismo a veces cirujeaba; guardaba cobre, guardaba fierro. (...) Y, justamente, y cuando después me dijeron allá, del shopping, que no puedes trabajar por la enfermedad, así que... dejé todo. Y entré, a los cuatro meses, ahí entré con los carreros otra vez. (Changarín y carrero, 48 años, EP 22/05/2018).

En este caso, a raíz del diagnóstico de una enfermedad (leucemia), el carrero perdió su trabajo (“informal”) en un centro comercial y, en la cooperativa, encontró un refugio para poder seguir trabajando y que en su casa haya *para comer*. Desde la posición de otro carrero, que trabajaba como pintor (“informal”) para una empresa de servicios, trabajar cobra una relevancia que trasciende lo económico-material, enfatizando sus implicancias subjetivas y emocionales. Al comenzar a sufrir de convulsiones que afectaron su memoria, se quedó sin empleo:

Entonces, se borró todo. Entonces, esa fue una época que yo toqué, que digo ya: "Toqué fondo. Acá basta, ya no hay más nada. ¡Chau..., fue!". Y viene... ¡Pah! [sonido de un golpe] y sale como si se abre la puerta, que choqué con la cooperativa. Entonces, volví de vuelta, volvés a creer en vos mismo, algo así, ¿viste? Que decís, "Bueno, sí, todavía sirvo para algo". (Carrero, 53 años, EP 24/05/2018)

Por su parte, el sostenimiento de esta cooperativa que contiene a quienes necesitan trabajar para comer y volver a sentirse “útiles”, se muestra imbricado a los lazos sociales más íntimos de los trabajadores. Como ejemplo, miembros de una familia de carreros cuentan cómo ingresaron a la cooperativa:

...él [un carrero amigo] vino acá a mi casa y se puso a conversar con mi papá y dice ‘¿Qué, no trabajan los chicos?’. Le dice, ‘Sí, trabajan en el carro’. -‘¿Pero no trabajan en ninguna cooperativa’. -‘No’ (...) él dijo ‘¿Ustedes quieren trabajar? Les puedo presentar una cooperativa en donde estoy trabajando yo’. Dice, ‘ahí les dan beca de trabajo y ustedes cumplen las horas, y siguen trabajando normal con el carro. Nada más que limpian, las marchas de los carreros...’ (Carrera, 39 años, EP 26/09/2017).

²⁷ “... hay que trabajarlo y seguirlos, acompañarlos (...) O sea, esta es una empresa de economía social que tiene que, tenemos que acompañarla, no hay otra” (Funcionario, EE 26/01/2017).

Los lazos de *confianza* de los carreros (parte de los “recursos internos” referidos en el apartado anterior) posibilitan la producción-reproducción de las cooperativas de carreros, a partir del despliegue de redes de familiares, amigos, vecinos, “viejos conocidos” y, muy especialmente, su vínculo con los caballos.

(Entrevistador): *¿Y a ustedes les interesó de arranque [la posibilidad de ingresar a la cooperativa] o tenían así, medio desconfianza...?*
-: *No, no. (...) No, porque a nosotros siempre nos gustó todo, donde se trata de animales, caballos nosotros siempre andamos en eso.*
(Carrera, 39 años, EP 26/09/2017)

De este modo, las voces aquí compartidas invitan a seguir pensando acerca del hecho de que los *vínculos sociales* de los agentes, en/con su mundo social-natural, son próximos a los “activos” (recursos) reconocidos por los organismos internacionales de crédito y las políticas públicas. En tal escenario, el hecho de que haya carreros que ingresan a un colectivo formal por la necesidad de trabajar y por su relación con los caballos, se complejiza aún más cuando la principal actividad cooperativa consiste en “ponerle el cuerpo” a una política social que tiene por objeto distanciar a los carreros de sus caballos. A su vez, el proceso de cooperativización y de formalización laboral, los mantiene en una condición de trabajadores precarizados y refuerza su estigmatización social en tanto “beneficiarios” o “subsidiados”.

4. Reflexiones finales

A modo de apertura de lineamientos, desde un análisis crítico de nuestras propias herramientas, hemos revisado, brevemente, los usos académicos y políticos de la pobreza y la vulnerabilidad, para luego visitarlos con conceptualizaciones desde la sociología de los cuerpos/emociones. Al momento de indagar en las estrategias desarrolladas por los sujetos, relativas a las posibilidades de “gestionar” las sensaciones y vivencias en torno al ser crónicamente “vulnerable”; es necesario rastrear, una y otra vez, el derrotero que se da entre la pobreza económica y la vulnerabilidad socio-emocional. Esto es entendido como una clave para comprender la construcción de sensibilidades sociales en el siglo XXI.

Desde la idea de cuerpo individuo, cuerpo subjetivo y cuerpo social; podríamos definir, “tradicionalmente”, que son vulnerables aquellos que ven limitados en el cuerpo individuo (biológico-fisiológico) las capacidades de agencia subjetiva, intersubjetiva y social. Es decir, cuando el cuerpo del agente y sus procesos de cambio individual/colectivo quedan subordinados (y naturalizados) a los procesos gestionados por otros.

Sabiendo de la complejidad de la problemática, tanto a nivel epistemológico como político, a partir de estas páginas arribamos a algunas respuestas preliminares. Claramente, según hemos venido trabajando hace tiempo, la encarnación de la vulnerabilidad es igual de compleja y relevante que los procesos en los que el dolor social se hace callo. A pesar de sortear la idea de carencia, se (re-)produce una normalización de la necesidad, a la par que se articulan las demandas en torno al mundo laboral. La mirada intergeneracional, por su parte, muestra cierta inmovilidad de las limitaciones (sujeciones) y geometrías corporales de los sujetos “recuperadores”/“recuperados”.

La experienciación de la(s) vulnerabilidad(es) en la vida de todos los días, desde el estigma social de “ser vulnerable”, parece vivenciarse, solapadamente, en lo que distinguimos como cuerpo individuo, cuerpo subjetivo y cuerpo social. Desde pasar hambre y frío, percibiendo cómo “otros” los miran (o ni los miran), hasta ser presentados socialmente como “vagos”, “delincuentes” o “maltratadores”. Estos “invisibles” sociales –con la privación, la prohibición y el despojo como común denominador– sólo son vistos cuando aparecen con sus caballos, carros y bolsones. Empujados por la necesidad de aprovechar lo que otros desechan, quedan atrapados en políticas sociales que institucionalizan la precariedad y reafirman la vulnerabilidad, en sentido político y no ya de potencia del propio cuerpo.

En un intento por dar respuestas posibles, y parciales, a las preguntas iniciales de esta comunicación, se observa una cierta reconfiguración de la acción en los cuerpos vulnerables/vulnerados, con cierto desplazamiento de las prácticas individuales/familiares de reproducción social hacia prácticas colectivas/comunitarias (institucionalizadas en cooperativas, según lo expuesto). La paradoja de seguir experimentando la vida en/desde la pobreza, pero ahora más “organizado” (¿ordenado?), viene acompañada por la naturalización de las intervenciones del Estado

en el agenciamiento social. Las inversiones más “íntimas”, el propio cuerpo/emoción parece ser “puesto en valor” para que el Estado *dé...* una beca, un trabajo, un reconocimiento, otro nombre, una ayuda, etcétera.

Las políticas públicas focalizadas cristalizarían, pues, una constelación de vulnerabilidades. Como contracara, se percibe una normalización y acostumbramiento al sufrimiento y el *mundo del no*, en cuanto a las relaciones y tramas societales. Aquello que queda “por fuera” de lo que la cooperativa-política social identifica como relevante a nivel laboral, permanece en el plano de la experiencia de los sujetos/colectivos y la configuración de sus sensibilidades particulares (siempre sociales).

Entonces, queda abierta la pregunta en cuanto a aquella posibilidad de “dejar de ser pobres” para quienes atraviesan cotidianamente los muros mentales/materiales contruidos entre el centro urbano y las periferias (que se proyectan/introyectan en identidades “normales” y vulneradas/vulnerables). Si bien algunos avances políticos y organizativos resultan claves en las formas de trabajo de estos grupos sociales, sus condiciones-posiciones de etnia, clase social y género, se perciben inamovibles (o puede que se profundicen mediante la concreción de políticas públicas “inclusivas”).

5. Bibliografía

- Acosta, A. y Brand, U. 2017. *Salidas del laberinto capitalista Decrecimiento y postextractivismo*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo.
- Arteaga Botello, N. 2008. “Vulnerabilidad y desafiliación social en la obra de Robert Castel.” *Sociológica*, año 23, número 68, septiembre-diciembre, pp. 151-175. Disponible on-line: <http://www.scielo.org.mx/pdf/soc/v23n68/v23n68a6.pdf>
Último acceso: 30-03-2018.
- Busso, G. 2001. Vulnerabilidad social: nociones e implicancias de políticas para Latinoamérica a inicios del siglo XXI. documento presentado en el Seminario Internacional “Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe” (Santiago de Chile, 20 y 21 de junio), inédito.

- Carenzo, S. 2016. Waste Classification as a Craft under Construction: The Worker's Experience at Buenos Aires' "Social Classification Plants". *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 21(2):276-293. DOI: [10.1111/jlca.12220](https://doi.org/10.1111/jlca.12220)
- Castel, R. 1997. *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- CEPAL-BID (2000). Un tema del desarrollo: la reducción de la vulnerabilidad frente a los desastres. México: CEPAL.
- CEPAL-ECLAC 2002. Vulnerabilidad Sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas. Brasilia: ONU.
- Cervio, A.L. y D'hers, V. 2014. Social Time, Bodies and the "Logic of Waiting" in the Configuration of Urban Sensibilities. *Current Urban Studies* (2), 49-56.
- De Sena, A. (Edit.) 2014. Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológicas de las políticas sociales. CABA: ESEditora.
- . (Dir.) 2016. Del ingreso universal a las transferencias condicionadas, itinerarios sinuosos. CABA: ESEditora.
- Dean, M. 1999. Risk: calculable and incalculable. En Lupton, D. *Risk and sociocultural theory: new directions and perspectives*. Reino Unido: Cambridge University Press.
- Delfino, A. 2012. La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: surgimiento y actualidad. *Universitas Humanística*, n. 74, julio-diciembre, Bogotá, pp. 17-34.
- Dettano, A., Cena, R. y Chahbenderian, F. 2017. ¿Qué significa "estar incluidos"? Un análisis desde los Programas de Transferencias Condicionadas de Ingreso implementados en Argentina en la primera década del Siglo XXI, en Scribano, A. y Arangueren, M. (Comps.). *Aportes desde una sociología de los cuerpos y las emociones desde el sur*. CABA: ESEditora, pp. 177-193.
- Díaz-Barriga, Fernando; Mejía, J; Yáñez, L; Carrizales, L. 2002. *Evaluación integral del riesgo en sitios contaminados (una propuesta metodológica)*. San Luis Potosí, Scientiae Naturae.
- D'hers, V. 2013a. "Encarnando la necesidad: cuerpos, espacios y habitus en dos barrios del conurbano, Provincia de Buenos Aires, Argentina." *Revista INTERSTICIOS* Vol 7, No 1 (2013): Caos, metaestabilidad e incertidumbres. ISSN 1887-3898. Disponible en <http://www.intersticios.es/article/view/11256>

- , 2013b. "Entre el amor y el espanto. Cuerpos del sufrimiento, la resistencia y el logro en barrios ambientalmente degradados." *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção* 34, vol. 12 (abril). Disponible en: <http://www.cchla.ufpb.br/rbse/D'hersArt.pdf>.
- D'hers, V., Carré, C. Shammah, España Verrastro 2011. "Analizando el conflicto en torno a la recolección y transporte de los residuos en la Ciudad de Buenos Aires.". En *Cartografías del conflicto ambiental*, publicación del GEA Grupo de Estudios Ambientales, Instituto de Investigaciones Gino Germani. Compilación a cargo de M. Gabriela Merlinsky. Ciccus Ed. Buenos Aires. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140228033437/Cartografias.pdf>
- Dimarco, S. 2005. Experiencias de autoorganización en cartoneros: un acercamiento a la configuración de los vínculos laborales, sociales y políticos en contextos de exclusión social. Informe final de concurso, Programa Nacional de Becas CLACSO.
- Galimberti, S. y Cimadevilla, G. 2016. La máquina de ilusionar. Rurbanidad, intervención sociotécnica y condiciones de vulnerabilidad. *REDES*, v. 22, n. 43, Bernal, pp. 93-123.
- Geary, M., Levantino, M. y Saidon, M. 2017. Balance de la implementación de la normativa GIRSU en distintos municipios argentinos. XIII Congreso Nacional de Ciencia Política, SAAP y UTDT, Buenos Aires.
- Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (s/d). Cooperativas de recicladores urbanos. Disponible en: <http://www.buenosaires.gob.ar/ciudadverde/separacion/porque-debemos-separar/cooperativas-de-recicladores-urbanos> Fecha de consulta: 30/08/2018
- Gorbán, D. 2006. Trabajo y Cotidianeidad. El barrio como espacio de trabajo de los cartoneros del Tren Blanco. *Trabajo y Sociedad*, v. VII, n. 8, pp. 1-23.
- Gutierrez, A. 2011. La producción y reproducción de la pobreza: claves de un análisis relacional. En Arzate Salgado, J. et al. (Coords.) *Reproducción de la pobreza en América Latina. Relaciones sociales, poder y estructuras económicas.* (pp. 97-111). Buenos Aires, CLACSO.
- Henoch, P. 2010. "Vulnerabilidad Social. Más Allá de la Pobreza". Serie Informe Social, N° 128. Fundación para la Superación de la Pobreza. Chile. ISSN 0717-

1560. Disponible on-line: http://www.superacionpobreza.cl/wp-content/uploads/2014/03/vulnerabilidad_social_mas_alla_de_la_pobreza.pdf
Último acceso: 31-03-2018.
- Herzer, H.; Rodríguez, C.; Celis, A.; Bartolomé, M. y Caputo, G. 2002. "Convivir con riesgo, o la gestión del riesgo." 10 años de la red. Mimeo.
- Lavell, A. (s/d). Vulnerabilidad social: una contribución a la especificación de la noción y sobre las necesidades de investigación en pro de la reducción del riesgo. En Reducción de la Vulnerabilidad, Documento de trabajo RED/FLACSO.
- Lisdero, P. y Pellón, I. 2017. Identidades, conflicto y basura. Hacia un mapeo en los ritmos de la acción colectiva en la ciudad de Córdoba. *Sociabilidades Urbanas – Revista de Antropología e Sociología*, v.1, n. 2, p. 107-124, julio de 2017.
- Lisdero, P. y Vergara, G. 2015. Gestionar, protestar y vivir de la basura. Un análisis desde el conflicto social en torno a las políticas públicas sobre los Residuos Sólidos Urbanos (RSU) en Córdoba. *De Prácticas y discursos*, año 4, n. 5, p. 1-20, julio-diciembre 2015.
- Machado Aráoz, H. 2014. *Capitalismo, colonialismo y crisis ecológica*. Documento de Trabajo CIES N°2, Junio. Buenos Aires: ESE editora.
- Marx, K. 1993 [1844]. *Manuscritos: economía y filosofía*. Buenos Aires: Altaya.
- Merlinsky, G. 2006. Vulnerabilidad social y riesgo ambiental: ¿Un plano invisible para las políticas públicas?. *Mundo Urbano* N° 28, feb-mar-abril. Disponible on line en www.mundourbano.com.ar
- MTE (s/d). Quienes somos. Movimiento de Trabajadores Excluidos. Disponible en: <http://mteargentina.org.ar/quienes-somos-cartoneros/> Fecha de consulta: 30/08/2018
- Natenzon, C. 1995. Catástrofes naturales, riesgo e incertidumbre. *Documentos e Informes de Investigación*. Buenos Aires: FLACSO.
- Paiva, V. 2004. Las cooperativas de recuperadores y la gestión de los residuos sólidos urbanos en el área metropolitana de Buenos Aires. *Theomai*, Invierno, número especial. UNQ.
- Parisi, A. (Coord.), et al. 1996. *Nuevos sujetos sociales. Identidad y cultura*. Buenos Aires: Espacio editorial.

- Pellón, I. 2019. "Identidad colectiva y Sensibilidades sociales. Acerca de la construcción social de las políticas para carreros-recuperadores en la ciudad de Córdoba (1970-2017)." Boletín Onteaiken, n. 28, noviembre, pp. 12-29. Disponible en: <http://onteaiken.com.ar/ver/boletin28/onteaiken28-02.pdf>
- Pengue, W. 2017. *El pensamiento ambiental del sur. Complejidad, recursos y ecología política latinoamericana*. Buenos Aires: UNGS Ediciones.
- Perelman, M. 2010. El cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires. Visibilización, estigma y confianza. *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana* 5(1), pp 94-125. DOI: [10.11156/aibr.050105](https://doi.org/10.11156/aibr.050105)
- , 2017. Trabajo, temporalidades y procesos colectivos. Transformaciones en las subjetividades de vendedores ambulantes y recolectores informales. *Trabalho (En)Cena* 2(2):83. DOI: [10.20873/2526-1487V2N2P83](https://doi.org/10.20873/2526-1487V2N2P83)
- Perona, N.; Crucella, C.; Rocchi, G.; Robin, S. 2000. Vulnerabilidad y Exclusión social. Una propuesta metodológica para el estudio de las condiciones de vida de los hogares. Congreso Internacional de Políticas Sociales, Universidad del Bio Bio. <http://www.ubiobio.cl/cps/ponencia/doc/p15.4.htm> Último acceso: 29-03-2018.
- Rolnik, S. y Guattari, F. 2013. *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- Rux Rivera, N. 2011. La definición y medición de la vulnerabilidad social. Un enfoque normativo. *Boletín del Instituto de Geografía*, UNAM ISSN 0188-4611, Núm. 77, 2012, pp. 63-74. Disponible on-line: <http://www.scielo.org.mx/pdf/igeo/n77/n77a6.pdf> Último acceso: 28-03-2018.
- Schamber, P. 2008. *De los desechos a las mercancías. Una etnografía de los cartoneros*, Editorial San Benito, Buenos Aires, Serie Antropología Sociocultural.
- Shammah, C. 2009. *El circuito informal de los residuos*. Editorial Espacio, Buenos Aires.
- Suárez, F. 1998. "Que las recojan y arrojen fuera de la ciudad", Historia de la Gestión de Residuos Sólidos en Buenos Aires, Documentos de Trabajo, UNGS, Buenos Aires.
- Scribano, A. 2007. "La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones", en A. Scribano (comp.) *Mapeando interiores*. Pp. 119-143.

- Stampini, M., Robles, M., Sáenz, M., Ibararán, P., y Medellín, N. 2015. *Pobreza, vulnerabilidad y la clase media en América Latina*. IDB Working Paper Series (IDB-WP-591).
- Vergara Mattar, G. 2009. Percepciones del trabajo doméstico y extra-doméstico en la ciudad de Córdoba y San Francisco. *Tesis de Maestría en Ciencias Sociales*, ETS-UNC.
- Villanova, N. 2015. *Cirujas, cartoneros y empresarios. La población sobrante como base de la industria papelera (Buenos Aires, 1989-2012)*. Buenos Aires: Ediciones RyR.
- Wacquant, L. 2001. *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- White, H. L. 1998. "Race, class, and environmental hazards." *Environmental injustices, political struggles*, pp. 61-81.-